

# Deber y condiciones de eficacia

Tercera parte

Instrumentos y métodos

Capítulo VI

*Una dificultad que hay que resolver*

por

JEAN OUSSET

## DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

### TERCERA PARTE:

#### INSTRUMENTOS Y METODOS

##### CAPÍTULO VI

### UNA DIFICULTAD QUE HAY QUE RESOLVER

No obstante lo dicho, a pesar de esas cualidades, la causa de los círculos y células está lejos de estar ganada. Y precisamente porque con respecto a la *noción 1* —fundamental— (de unidad espiritual y doctrinal) un serio agravio puede formularse.

Agravio de San Pío X contra los círculos de "Sillon": cooperativas intelectuales, en las que cada cual es al mismo tiempo alumno y maestro".

De ahí el naufragio doctrinal del "Sillon".

"Pero ¿dónde hallar, preguntaba Charles Maignen, al hombre que pueda dirigir un círculo con suficiente competencia, ascendente, autoridad para disipar los errores. ¿Con suficiente ciencia para discernirlos?"

Es como una especie de dilema.

Si se admite que, para no desviarse en nada, el círculo exige la presencia de un jefe calificado, está claro que el número de círculos será deplorablemente insuficiente. Pero los asistentes a éstos serán más numerosos para aprovechar mejor la autoridad, el saber del jefe. Lo cual conduce a la fórmula curso o conferencia.

Si se pretende, por el contrario, que los círculos o células se multipliquen, ¿cómo evitar que, por falta de jefes competentes,

las células o los círculos no acaben siendo "cooperativas intelectuales"?

Tal es la dificultad.

### Cinco consideraciones sobre este problema.

Para resolverla nos parece necesaria una serie de cinco consideraciones.

1. "... *nada de punto cero*".

La primera consiste en hacer observar que si hubiera que detenerse ante la dificultad en cuestión, ello equivaldría a prohibir toda plática seria, toda conversación espontánea, sobre cualquier verdad elevada.

Solución que sería peor que el mal que se trata de evitar.

Pues es claro que la mayoría de los hombres se inclina hacia aquello de que más se le habla, hacia aquello que suele hablar habitualmente. Si, pues, la doctrina social de la Iglesia es un tema que no se debe abordar sino una vez cada quince días o cada mes, en un determinado lugar y solamente en presencia de un "maestro", se puede estar seguro que será el mejor medio de que muchos cojan aversión a la verdad. La Revolución no tendrá nada que temer. Sus ideas triunfarán por la sola razón de que cualquiera puede hablar libremente de ellas, mientras la libre circulación de la verdad resulta prácticamente imposible.

Y lo malo no es, en efecto, que un número considerable de cristianos lea, escuche, vea no importa qué. O lo que es lo mismo, todo lo que salga: periódicos, revistas, periódicos ilustrados, novelas, comedias, películas..., etc. Todo ello sin molestia aparente. Sin juzgar necesaria la presencia de un maestro calificado.

Pero a estos cristianos que leen a Teilhard, *Le Monde*, Sartre o Gide sin escrúpulos, idles sin embargo a proponer el estudio de las Encíclicas o Mensajes pontificios. Su conciencia se inquietará. Vedlos cómo quedan perplejos. Tienen, de pronto, miedo de desviarse y rehusan abordar sin mentor un trabajo tan peligroso...

Como si la prosa de las Papas fuese más peligrosa que la de una prensa podrida.

¿Quién puede admitir eso?

En el fondo, el error está en este caso en creer en una especie de punto cero, correspondiente a una situación poco brillante, pero de la que se podrá decir, que si en él la verdad no está altamente profesada tampoco lo está lo falso. Y que el peligro, desde ese momento, dependerá de que, al querer extender un poco más el conocimiento de la verdad, se correrá el riesgo de equivocarse y de favorecer la difusión de tonterías en que nadie habría pensado hasta entonces.

Pero ¿es posible admitir que el error no amenazará a los católicos sino a partir del momento en que se decidan dedicarse al estudio de la doctrina pontificia?

El problema no consiste, pues, en saber si al lanzarse al estudio de las encíclicas los católicos corren el riesgo de empezar a decir algunas tonterías. El problema está en saber si el estudio de las encíclicas les hace correr el riesgo de hacerles decir menos tonterías o todavía más.

Es igual al problema de saber si el estudio de las matemáticas es un medio de evitar los errores de cálculo, o si, para no cometer ninguno, es más prudente no abrir jamás un libro de matemáticas.

Lo cierto es que la situación actual no es comparable a un determinado "punto cero". Situación en la que los católicos estarían más amenazados de error fundando un círculo de estudios que no fundándolo.

Lo cierto es que el error se difunde por todas partes y que los católicos no tienen en modo alguno necesidad de agruparse para profesarlo en mil circunstancias.

Por ello es inconcebible que el peligro de desviación doctrinal amenace más a aquellos que se dedican al estudio de la verdad y que amenace menos a los que, de hecho, se hacen eco de todos los errores del día.

Es evidente que se puedan producir algunas fluctuaciones al comienzo. La cuestión está en saber si perseverando en el estudio

concienzado de la verdad el peligro de error es mayor que cuando uno se burla vivamente de ese estudio.

Cuando San Pío X quiso imponer la comunión a los niños pequeños, ¿no tuvo que vencer oposiciones formuladas de manera más o menos semejante?: “Esos niños son demasiado jóvenes, se decía. Sus inteligencias no pueden captar convenientemente lo que se les propone. Su comprensión es incompleta...” Esto era olvidar el carácter progresivo de los más seguros métodos intelectuales. Para estar en la verdad no es necesario haber desentrañado todos los misterios. Lo que el niño capta, por rudimentaria que sea la noción, puede ser legítimo, aunque no sospeche las dificultades que sabrán distinguir un filósofo o un teólogo de oficio.

Sería pueril el asombrarse de que un grupo campesino, por ejemplo, no aprecie la importancia de una exposición erudita en la que pudiera complacerse el virtuosismo de un maestro de calidad. Lo que a la simple vista de su buen sentido se les presenta como cierto, dejaría de serlo por la sencilla razón de no ser capaces de seguir el científico desarrollo de la exposición.

Si se hiciera todo lo posible para que los círculos se ordenasen según las afinidades, las simpatías, las similitudes profesionales o sociales, sería factible una acción extremadamente fecunda. Los campesinos, entre campesinos asimilarían e irradiarían la verdad como campesinos. Los obreros, a su vez..., etc...

Incluso se podría decir que un maestro demasiado superior culturalmente al nivel medio de su grupo provocaría en él una especie de obstrucción; malas asimilaciones debidas a una revelación demasiado brusca de dificultades insospechadas.

Los primeros cristianos, ¿no se encontraron en ese mismo caso? ¿Se puede pensar que dispusieron de un grandísimo número de maestros para dirigir sus conciliábulos apostólicos? “La mayoría de ellos escribe Eusebio, después de haber sido iniciados en la vida cristiana, recorría los países más alejados para hacer conocer a Jesucristo. Millares de paganos, que oían sus palabras, abrían inmediatamente su corazón a la adoración del verdadero Dios. Y por estos métodos el desarrollo del cristianismo fue tan rá-

pido que los primeros siglos pudieron contar, sin que la Iglesia fuese por ello arruinada, con una "multitud ingente" de mártires" (1).

Tememos, ciertamente, al desviacionismo. Pero, a su manera, los comunistas lo temen también. ¿Cómo, pues, explicar su predilección por la acción en grupos o células, si les pareciese que semejante fórmula fuese imposible de balizar?

Ahora bien, el mismo Pío XII lo ha dicho: "las células católicas que se deben crear entre los obreros en cada fábrica y en cada medio ambiente de trabajo para hacer volver a la Iglesia a los que fueron separados de ella, no pueden ser constituidas más que por los mismos obreros... La célula católica debe intervenir en los talleres, pero también en los trenes, los autobuses, las familias, los barrios. Por todas partes debe actuar, dar el buen tono, ejercer una influencia benéfica, propagar una nueva vida" (2).

Texto perentorio. ¿Cómo imaginar, en efecto, que las células preconizadas por Pío XII (por todas partes", en "cada fábrica", en cada "medio laboral", en los "talleres", en los "autobuses", en los "trenes"...), cómo imaginar que esas células puedan ser balizadas por algún maestro debidamente seleccionado? Según los propios términos de Pío XII, "¡no pueden estar constituidas más que por los mismos obreros!"

Desde luego, pueden ser previstos guardacantones o defensas protectoras para impedir las desviaciones. Resulta tan sólo que esas defensas no pueden consistir en la presencia de un maestro impuesto o importado del exterior.

## 2.—Amor por las enseñanzas del Soberano Pontífice.

Segunda serie de consideraciones susceptibles de hacer comprender mejor lo que puede y debe garantizar la rectitud doctrinal de los círculos o de las células.

El amor irremplazable, la indefectible adhesión que debemos dar a la enseñanza de los Pontífices romanos.

---

(1) *Multitudo ingens*. Tácito.

(2) Discurso al 2.º Congreso mundial del Apostolado de los laicos, 6 de octubre de 1957.

Cualquiera que pueda ser, en efecto, la potencia de ayuda ofrecida por los buenos métodos, por una sabia organización, por una firme disciplina, esta potencia no puede dispensarnos, nunca nos dispensará, del recurso al supremo *test*, único determinante a la referencia constante, familiar, incansable, de la fuente de infalibilidad doctrinal de este mundo.

Tan solo es a su luz y en su amor como pueden ser proyectados después los métodos y las organizaciones.

Si este espíritu, si este amor desaparecen, organización, disciplina, método, no serían más que organización, disciplina, método de desastre. Y la presencia de maestros "autorizados", lejos de impedir que estos círculos se convirtieran en "cooperativas intelectuales", haría su desviación tanto más peligrosa cuanto más engañosas fueren las apariencias...

"Cooperativa intelectual", en efecto, a pesar de la dignidad de los participantes, el Sínodo, llamado "pillaje" (*brigandage*) de Efeso, favorable a Eutiques. "Cooperativa intelectual", el concilio de Basilea, hostil al Santo Padre. "Cooperativa intelectual", el episcopado de Inglaterra abandonando al Papa por Enrique VIII... "Cooperativa intelectual", Port-Royal menos adicto al Soberano Pontífice que a Jansenio. "Cooperativa intelectual", en gran parte, esas asambleas del clero galicano de la antigua Francia, más favorables a las pretensiones regalistas que a las protestas de la autoridad pontificia. "Cooperativas intelectuales", esos conventos y abadías del siglo XVIII que, a pesar de la condenación lanzada por Roma contra la Masonería, no dejaron de acoger a las "logías" en su seno, etc...

¿Y en nuestros días?

"Cooperativas intelectuales", de clérigos o de laicos, con o sin maestros autorizados, cuando en tantos círculos o grupos se parte de la idea de que Roma es un freno, mientras ellos mismos se creen el motor, "la Iglesia del mañana". "Cooperativas intelectuales" esos equipos de sacerdotes-obreros (autorizados o no) que prestaban más admiración al marxismo que a la enseñanza social de los Soberanos Pontífices. "Cooperativas intelectuales" esos sindicatos, llamados "cristianos", que, por el equívoco de su

título, han paralizado durante tanto tiempo, han falseado el impulso que habría debido y podido dar la C. F. T. C. (Confederación francesa de trabajadores cristianos), porque en realidad dichos sindicatos no esperaban más que una ocasión propicia para arrojar, con la segunda C, toda referencia a la enseñanza romana. ¡Qué situación eclesiásticamente privilegiada fue la suya! ¡Y qué de maestros autorizados les siguieron durante tanto tiempo!

¡Y el Movimiento Popular de Familias...! ¿Carece de clérigos para impedirle que cambie radicalmente?

Etc...

No es, pues, el solo método, no es el solo aparato de una estricta organización lo que puede ser una garantía suficiente contra las desviaciones. ¿Cómo la seguridad doctrinal podrá depender de la virtud meramente mecánica de una disciplina material?

Por preciosa que ella sea (y lo es enormemente), semejante disciplina no puede figurar más que en segundo lugar; la regla en que células y círculos deberán adherirse a todo lo que les haga amar, conocer, comprender cada vez más la enseñanza romana, y que deberán desconfiar de todo aquello que, más o menos hábilmente, tiende a disminuir el interés, el amor, la confianza, la admiración que se deben tener a esa misma enseñanza romana.

Porque, fuertes en ese amor y en ese deseo de conocer, es mucho más prudente y mucho más seguro, para los mismos miembros de una célula, trabajar sin "jefe autorizado" que buscar la utilización en un plano local de un "maestrillo" más deseoso de hacerles partícipes de sus opiniones personales que de ayudar, humildemente, a hacer comprender mejor la doctrina pontificia.

### 3.—*Un curso impreso.*

Tercera serie de consideraciones susceptibles de hacer comprender mejor lo que puede y debe garantizar la rectitud doctrinal de los círculos o células.

Ya que, según los propios términos de Pío XII, las "células"... "no pueden ser constituidas más que por los mismos trabajadores"... en lugar de esperar obtener la seguridad mediante la presencia, prácticamente imposible, de maestros sumamente es-



casos, lo mejor, si no lo más práctico, sería recurrir al servicio de un "impreso" (libro, folleto, boletín...). Verdadero curso por correspondencia, y, por esta razón, particularmente estudiado, censurado, experimentado, renovado, mejorado por el uso.

Nada de encuestas, ¡en verdad! Nada de esos cuestionarios, que, incluso cuando son honestos, tienden a hacer creer que las verdades más firmes pueden depender del flujo o del reflujo de las opiniones que se recogen.

¿Es prudente y sabio aparentar poner a votación lo que hay que inculcar a cualquier precio? ¿Hay que esforzarse todo lo posible para probar, justificar, aclarar aquello que se proclama! Pero que se sepa bien que se trata de una enseñanza, no de una invitación a discutir sin regla ni medida.

Incluso cuando sea necesaria una discusión, el objetivo de ésta no ha de ser el de hacer conocer solamente la verdad, sino el hacer adquirir el hábito de hablar de ella, de impregnar de ella cada punto, de hacerla familiar. Esto constituye la ventaja más segura del trabajo en célula.

Ante un maestro, los más modestos, por no decir los más tímidos, guardan silencio, disgustados de confesar que no han comprendido. En un grupo pequeño la atmósfera es diferente. Los menos instruidos no temen expresar sus repugnancias, sus incomprendiones. Resultando de ello un fermento. Porque, para ilustrarlos, todos se afanan, favoreciéndose de esta forma la asimilación más completa de lo que era preciso aprender.

#### 4.—*Limitarse a un trabajo bien definido.*

Cuarta serie de observaciones susceptibles de hacer comprender mejor lo que puede y debe garantizar la rectitud doctrinal de los círculos o células.

Saber y decir claramente lo que se quiere y, todavía más, lo que no se quiere, lo que uno se prohibirá hacer. Huir de esas habilidades que, so pretexto de abarcar un mayor número, tienden a camuflar el fin perseguido, así como los medios puestos en práctica para conseguirlo.

La mayoría de las desviaciones provienen del hecho que se buscan para triunfar más de prisa, medios posiblemente más atrac-

tivos, pero que no son los buenos, los verdaderos medios. O lo que es lo mismo, los que permiten realizar el verdadero y buen trabajo.

Que cada uno redoble el esfuerzo... ¡Enhorabuena! Pero únicamente en la labor que se proponga realizar el grupo en cuestión. Extrema desconfianza, por el contrario, hacia la publicidad, el "escándalo", el "bluff", en la medida en que sean medios de progresos externos, por no decir extraños a la acción real, profunda, que interesa realizar. Publicidad, "bluff", que hay que proscribir por esencialmente diferentes de lo que exige la prosecución del fin perseguido.

Desenmascarada de esta forma, y rigurosamente combatida, la tentación de andarse con rodeos y simulaciones para alcanzar un mayor éxito de público será casi imposible.

Virtud tutelar, por consecuencia, de una neta determinación de ese fin.

Recompensa de un firme propósito de no querer hacerlo todo.

Limitarse a un determinado trabajo, bien definido, y a él solo. Si aconteciera que se impusiese el deber de hacer otra cosa distinta (y esto puede ocurrir con frecuencia), asegurarse que esa otra cosa sea precisamente otra cosa. Hay que ser intratable en caso de necesidad.

5.—*Conceder lo menos posible a las pasiones!*

Quinta serie de consideraciones susceptibles de hacer comprender mejor lo que puede y debe garantizar la rectitud doctrinal de los círculos o células.

Conceder lo menos posible a las pasiones. Humildad. Guerra sistemática al orgullo por la benéfica virtud de una "acción capilar", en la que cada cual sólo tenga relación con un número irrisorio de personas.

Nada como esto para quebrar el afán de los buscadores de la vanagloria. Pues incluso los progresos de la acción no hacen que el incremento de los efectivos atenúe a la larga el rigor de esta condición. Las células se multiplican sin engrosar. En el plano local, pues, que es como decir en el plano de acción real, nadie encontrará ante sí más que el humilde trabajo de células

ínfimas. Pequeños grupos de amigos, entre los cuales todo "bluff" es imposible. Y el "bluffador" pronto resulta odioso y expulsado.

Los que buscan lucirse, los que se mueven tan sólo por deseo de consuelos humanos, tendrán poco gusto por esta forma de acción. ¡Qué auditorio para ellos esas células de seis, ocho o diez personas! El tono familiar, la falta de formación de algunos, harán que pronto se separen... (¡o se conviertan!) los que hayan de venir a esos círculos como "activistas", poco decididos a realizar un trabajo serio.

De ahí (como por añadidura) esa última ventaja; compartimentación espontánea del aparato, lo que hace más difícil el que sea invadido por elementos adversos, por parecer cada célula, como tal, demasiado poca cosa para merecer que el adversario pretenda invadirla.

\* \* \*

Tal es, sumariamente descrito, ese instrumento que son los grupos o células. Elementos indispensables para una acción capilar verdaderamente fecunda.

Fórmula antigua y siempre nueva, cuya historia ha demostrado constantemente su eficacia, por poco que hayan sabido o podido servirse de ella.

En nuestros días se han publicado varios estudios, cuyos autores no han tenido ninguna dificultad en demostrar que la fórmula de los grupos tiene ahora más vida y actualidad que nunca. Obras en las que se puede ver que ya no son las vastas organizaciones del tipo del "partido político" las que tienen influencia y dirigen la opinión, sino pequeños grupos poderosamente ramificados.

"Aunque el club de los Jacobinos no sea ya de fecha reciente, escribe Henri Théry (3), sin embargo, otros numerosos clubs han proliferado en estos últimos tiempos. Algunos de ellos son

---

(3) *Les groupes sociaux, force vives?* Editions du Centurion, 1964.

bien conocidos o empiezan a serlo: "Jean Moulin", "Citoyens 60", "Positions", "Cercle Tocqueville".

Se silencian, claro está, los grupos, círculos o clubs poco favorables a un determinado "sentido de la historia". El autor, sin embargo, se ve obligado a reconocer que esos grupos "surgen en los campos más variados"... "Los grupos voluntarios son los que tienden a desarrollarse a un ritmo más acelerado. Es cierto que podemos encontrar ejemplos en otras épocas, como podemos encontrar en nuestros días numerosos ejemplos de agrupaciones de las dos clases. No obstante, en el pasado las agrupaciones eran principalmente "de hecho" o "impuestas"... , mientras que en la época moderna, si esos tipos de grupo aún existen en gran número, son las agrupaciones voluntarias las que se desarrollan más rápidamente..."

Lo que nos permite, en conclusión, repetir aquella frase de Henri Théry: "sin cesar nacen grupos y se multiplican, la sociedad se presenta cada vez más como un sistema coordinado de grupos diferenciados", según la expresión de un sociólogo americano".